

da. «Señora, dijo á la reina Hortensia, tenéis que partir al punto; no podéis permanecer más tiempo aquí, así tengo orden de decíroslo, y á menos que haya positivamente riesgo para la vida de vuestro hijo, es preciso que os vayáis.» Hortensia no opuso ninguna objeción, y al día siguiente ella y su hijo fueron á pernoctar á Chantilly, de donde partieron para Inglaterra. En este país la elevada sociedad les dispensó la más cordial acogida; vieron á lady Holland que tan delicadas atenciones había tenido con el cautivo de Santa Elena, y asistieron á un almuerzo dado en su honor por la duquesa de Bradford. El 1.º de agosto recibieron del príncipe de Talleyrand, á la sazón embajador de Francia en Londres, un pasaporte que les autorizaba á volver á Suiza atravesando de nuevo el territorio francés. Se embarcaron el 7 de agosto para Calais: Hortensia no quiso pasar otra vez por París, donde reinaba cierta agitación. Temía la exaltación de su hijo, que le había dicho: «Si vamos á París y veo que acuchillan al pueblo, de seguro que no podré resistir al deseo de ponerme de su parte.» Limitóse á visitar con él las cercanías de la capital: Morfontaine, antigua propiedad del rey José; San Dionisio, en donde el emperador había creído que estarían las tumbas de los Bonaparte; Rueil, donde la emperatriz Josefina estaba inhumada en una modesta iglesia. «Me oprimió el corazón un doloroso sentimiento, ha dicho la hija de Josefina, cuando se me ocurrió la triste idea de que de todo cuanto había amado, mi hijo y yo éramos los únicos que quedábamos, aislados y obligados á huir del mismo lugar en que descansaban sus cenizas.»

Hortensia se detuvo ante la verja del palacio de la Malmaison, que traía á su mente recuerdos, gratos los unos, dolorosos los otros. No se le permitió transponer su umbral.

La madre y el hijo continuaron su camino al través de la Francia, y á fines de agosto llegaron al suelo hospitalario de Suiza, á aquel asilo de Arenenberg al que regresaban después de tantos disgustos y angustias. La naturaleza, esa gran consoladora, debía mitigar el dolor de Hortensia.

XII

ARENENBERG

El castillo de Arenenberg, situado en Suiza, á quince kilómetros de Frauenfeld, capital del cantón de Turgovia, está edificado en la vertiente de una colina que domina el lago de Constanza. Algunas plantaciones hábilmente distribuidas proyectan allí su sombra dejando ver de trecho en trecho puntos de vista pintorescos. Por un lado se descubre la pequeña ciudad de Reicheneau, con sus viñedos y sus quintas que se reflejan en las aguas del lago. Por otro se contempla el Rhin que se precipita por las cascadas de Schaffusa para circundar con un cinturón azul un risueño paisaje. Más allá se divisan los contornos vaporosos de la Selva Negra y las torres y campanarios de la ciudad de Constanza.

Las cercanías del castillo son muy escarpadas. Al salir de Ermatingen, bonito caserío que está en una ondulación de la cuesta, se destaca de la carretera un camino en forma de rampa y en el que hay un puente echado sobre un profundo barranco. Pasado este puente, en cuyo pretil hay grandes macetas llenas de hortensias, se llega al parque y luego al castillo, que, entre floridos plantales, surtidores y masas de verdura, aparece con sus dos pisos en la cresta desde la cual la mirada abarca dilatados y lejanos horizontes. Su arquitectura es sencilla, pero graciosa, sin torrecillas, ni altos muros, ni almenas; es un edificio puramente moderno que no tiene nada de feudal.

El comedor, las salas de recepción, la de billar, la biblioteca, el gabinete de la reina Hortensia estaban en la planta baja. En el salón que precedía á la biblioteca se admiraba el gran retrato de la emperatriz Josefina hecho por Prudhon, lienzo lleno de encanto y de melancolía, en que el artista ha representado á la soberana reclinada en un banco de césped en la penumbra de un bosquecillo. Las habitaciones siguientes estaban adornadas con retratos de Napoleón y de los individuos de su familia, con el busto de lord Byron, uno de los escritores favoritos de la reina, y con una estatua en mármol blanco de la emperatriz, una de las mejores obras de Bosio.

Allí era donde la reina Hortensia recibía las visitas de un corto número de personas que no la abandonaban en su desgracia, como la princesa de la Moskowa, viuda del mariscal Ney; M. Veillard, M. y Mme. Parquín, M. Mocquard; madame Salvage de Faverolles que, después de haber sido legitimista exaltada, se había unido con el mismo ardor á la castellana de Arenenberg; Casimiro Dela-

vigne, de quien ha dicho Ernesto Legouvé en su interesante obra *Recuerdos de sesenta años*: «Casimiro Delavigne era entonces el dios de la juventud. El triunfo de las *Visperas sicilianas*, el brillante éxito de los *Comediantes*, la popularidad de las *Mesenias*, le ceñían la frente, para nosotros los retóricos, con la triple corona de poeta trágico, de poeta cómico y de poeta lírico. Sabíamos que cuando la primera representación de las *Visperas sicilianas*, el entusiasmo del público fué tal, que estuvo aplaudiendo durante todo el intermedio del cuarto al quinto actos. Esto ya nos había trastornado los cascos; pero reconocíamos en Delavigne un mérito superior. Había cantado la Grecia, la libertad, la Francia: era el poeta nacional. Admirábamos mucho á Lamartine, pero Lamartine era realista: Lamartine había atacado á Bonaparte. El verso célebre:

«No latía nada humano
Bajo su recia armadura,»

nos parecía una blasfemia, porque entonces todos éramos furibundos liberales y furibundos bonapartistas.»

En el mes de agosto de 1832, la reina Hortensia y su hijo recibieron dos visitas que les causaron grata impresión, la de M. de Chateaubriand y la de mademoiselle Recamier. El joven príncipe no había omitido nada para captarse la simpatía del ilustre escritor. El 4 de mayo anterior le había escrito: «Sois el único defensor temible de la antigua monarquía, y si se pudiera creer que pensara como vos, la haríais nacional. Así es que, para hacerla valer, no basta que os declaréis de su partido, sino probar que ella es del vuestro.» Chateaubriand, consignando que los Borbones jamás le habían escrito nada parecido, respondió: «Siempre cuesta trabajo contestar á los elogios; pero cuando el que los dirige con tanto ingenio como discreción se halla por añadidura en una condición social á la cual van ligados imperecederos recuerdos, el embarazo es mayor. Hubiera tenido una viva satisfacción en daros verbalmente las gracias por vuestra lisonjera carta: habríamos hablado de una gran gloria y del amor á Francia, dos cosas que os tocan muy de cerca.» Estaba, pues, bien preparado el terreno para una inteligencia entre la ex reina de Holanda y el autor del folleto *Buonaparte y los Borbones*, libelo sangriento que había valido á Luis XVIII más que un ejército.

La reina Hortensia tenía un don de seducción irresistible y fascinó al gran escritor. La madre y el hijo compitieron en amabilidad para con él y en admiración de su gloria. Así es que ha mencionado esta visita en sus *Memorias de ultratumba*, haciéndolo en términos muy lisonjeros para la castellana y para el príncipe: «El 29 de agosto de 1832 fuí á comer á Arenenberg: la reina Hortensia, después de haber sido infamemente calumniada, ha ido allí á posarse sobre una roca..... Como forasteros, estábamos Mme. Recamier, M. Vieillard y yo. La duquesa de Saint Leu (tal era el nombre que llevaba entonces la reina Hor-

tensia) saliendo muy airosa de su posición difícil de reina y de señorita de Beauharnais.... El príncipe Luis vive en un pabellón aparte, donde he visto armas, cartas topográficas y estratégicas, cosas que hacían pensar, como por casualidad,



Chateaubriand. — Del cuadro de Girodet-Triosson (1767-1824)

en la sangre del conquistador, pero sin nombrarlo; el príncipe Luis es un joven estudioso, instruído, lleno de honor y naturalmente grave.»

El momento en que Chateaubriand fué de visita á Arenenberg era precisamente la época en que Luis Napoleón empezaba á tener las aspiraciones imperiales que en breve se convirtieron en su idea fija. Mientras vivió su primo, el duque de Reichstadt, considerado por él como su soberano legítimo, no se le

ocurrió la idea de aspirar al trono. Al saber la enfermedad del ex rey de Roma, escribió el 12 de julio de 1832 á este joven é infortunado príncipe lo siguiente: «Si conocierais toda la adhesión que os tenemos y hasta dónde llega nuestra abnegación, comprenderíais cuán grande es nuestro sentimiento por no tener relaciones directas con quien nos han enseñado nuestros padres á querer como pariente y á honrar como hijo del emperador Napoleón. ¡Ah! Si la presencia de un sobrino de vuestro padre pudiera haceros algún bien, si los cuidados de un amigo que lleva el mismo apellido que vos pudieran aliviar algo vuestros padecimientos, mis deseos se verían colmados pudiendo ser útil de algún modo á quien es objeto de todo mi afecto. Confío en que mi carta caiga en manos de personas compasivas que se apiaden de mi pena y no impidan que mis votos por vuestro restablecimiento y la expresión de mi adhesión sincera lleguen hasta vos.» Esta carta había sido interceptada, y el duque de Reichstadt, de quien Luis Napoleón jamás había pensado ser competidor en el trono, falleció en Schoenbrunn el 22 de julio de 1832. A partir de aquel día, Luis Napoleón, que sabía que su padre y sus tíos no querían reivindicar el Imperio, se consideró como heredero legítimo de Napoleón I. A M. de Chateaubriand y á Mme. Recamier les llamó la atención el cuidado que así la reina Hortensia, á pesar de todas sus protestas de renuncia á las grandezas humanas, como las personas de su casa ponían en tratar á Luis Napoleón como soberano, pues era el primero en todo. Este regaló á Mme. Recamier una acuarela hecha por él, la cual representaba una vista del lago de Constanza, con un pastor que, apoyado en un árbol, tocaba el caramillo mientras guardaba su rebaño. Pero entonces ya no pensaba en pastores.

Antes de pensar en conquistar á Francia, el príncipe se dedicaba á conciliarse la Suiza. Como en 1832 recibiera del cantón de Turgovia el derecho de ciudadanía comunal, contestó: «Mucho me complace que me unan nuevos vínculos á un país que desde hace diez y seis años me ha concedido tan benévola hospitalidad. Creed que en todas las circunstancias de mi vida, como francés y como Bonaparte, me mostraré orgulloso de ser ciudadano de un Estado libre. Mi madre me encarga que os diga cuánto ha agradecido el interés que me atestigúais.» En 1833 publicaba sus *Consideraciones militares y políticas sobre Suiza* y decía en el prefacio: «Si al hablar de Suiza no he podido menos de pensar á menudo en Francia, confío en que se me perdonarán mis digresiones, porque el interés que me inspira un pueblo libre hace que aumente mi amor á mi país.»

La reina Hortensia demostraba á su hijo un cariño que rayaba en idolatría. «¡Qué carácter tan generoso!, escribía por aquella época. ¡Qué joven tan digno y tan bueno! Le admiraría si no fuera su madre, y estoy orgullosa de serlo. Gozo tanto al ver la nobleza de su índole cuanto padezco por no poder hacer más agradable su existencia. Ha nacido para llevar á cabo grandes cosas.»

El 25 de agosto de 1833, día de San Luis, santo del príncipe, su madre dió una

velada á la que invitó á muchas damas de Constanza. Celebróse una rifa cuyo lote principal era una acuarela pintada por la reina; se bailó, se cenó alegremente y por algunos momentos el príncipe olvidó los sinsabores del destierro.

En 1834, después de un invierno empleado en el estudio, Luis Napoleón partió para Thoune, adonde le llamaba el servicio militar. Al día siguiente, 12 de abril, su madre recibía este billete: «Basta que me aleje unos cuantos días de vos para que en seguida desee estar de nuevo á vuestro lado.» Y dos días después: «Necesito más valor para separarme de vos que para afrontar un peligro.»

Hacia aquella época se citó el nombre del príncipe como candidato á la mano de la reina doña María de Portugal, y algunos amigos le dijeron que, sirviéndole el trono de Lisboa de estribo, quizás pasara del Tajo al Sena. «Ese camino da muchos rodeos, contestó; prefiero la línea recta.» Y publicó en los periódicos una rectificación concebida en estos términos: «Por lisonjera que pueda ser para mí la conjetura de un enlace con una reina joven y virtuosa, creo de mi deber oponer una negativa tanto más enérgica cuanto que nada he hecho para autorizar semejante error. Convencido de que el gran nombre que llevo no será siempre una causa de destierro, aguardaré con paciencia en un país libre y hospitalario á que el pueblo llame á su seno á los que han sido extrañados de su patria por un millón doscientos mil extranjeros. La espera del día en que me sea dado servir á la Francia como ciudadano y como soldado sostiene mi corazón, y en mi concepto vale más que todos los tronos del mundo.»

Luis Napoleón no fué rey consorte en Lisboa, pero obtuvo un grado en el ejército suizo. «Querida madre, escribía á la reina Hortensia el 13 de julio de 1834, acabo de recibir del gobierno de Berna el despacho de capitán de artillería honorario. Este halagüeño modo de responder á mi demanda me ha complacido tanto más, cuanto que me prueba que mi nombre no encontrará simpatía sino allí donde reine la democracia. Ayer dí un paseo á pie por el camino de Zurich, cuando pasó un carro lleno de tiradores berneses. Apenas me vieron, se pusieron á gritar: «¡Viva Napoleón!» Estas demostraciones amistosas son otros tantos consuelos para un proscrito como yo.» Pero nadie tenía todavía fe en la buena estrella de aquel proscrito, pudiendo decirse que él era el único partidario de sí mismo.

En 1834 no había partido bonapartista. Así lo confesaba el príncipe en esta carta dirigida á M. Vieillard desde Arenenberg el 18 de febrero: «Ved al emperador Napoleón: si el pueblo en masa le conserva un cariñoso recuerdo y sentimientos de gratitud, no ha podido sin embargo lograr que su familia tenga un partido; y ¡cosa triste!, Bertrand, á quien Napoleón moribundo daba el nombre de amigo, acusa á los manes de su emperador de una ambición desmedida. Soult, soldado del imperio, no vacila en mancillar los restos de esa época gloriosa.... ¡Ah! Tenéis razón, nuestros verdaderos amigos no están en los dorados salones, ni en las reuniones de las personas timoratas, sino en la calle.» En 1835

el futuro emperador conocía lo vago é indeciso de sus aspiraciones, y el 30 de enero escribía: «Sé que significo mucho por mi nombre, pero todavía nada por mí mismo; aristócrata de nacimiento, demócrata por naturaleza y por opinión, tachado de ambiciones personales tan luego como doy un paso fuera de mi esfera acostumbrada, ó motejado de apatía y de indiferencia si permanezco tranquilo en mi rincón, inspirando por fin temores, á causa de la influencia de mi nombre, lo mismo á liberales que á absolutistas, no tengo amigos políticos sino entre aquellos que, habituados á los azares de la fortuna, creen que entre las probabilidades del porvenir puedo llegar á ser un factor útil.» Así pues, por aquella época la estrella de Napoleón no era más que una nebulosa, y á pesar de todo su fatalismo, debía haber horas en que dudara de sí mismo y se repitiera lo que escribía el 29 de abril de 1835 con motivo de la muerte de su primo el duque de Leuchtenberg, hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais y esposo de la reina de Portugal: «Todos los individuos jóvenes de la familia Bonaparte mueren en el destierro como los vástagos de un árbol transportado á un clima extraño; morir joven es á menudo una fortuna; pero morir antes de haber vivido, morir en el lecho, de enfermedad, sin gloria, es horroroso.» Como todas las imaginaciones ardientes, el proscrito de Arenenberg tenía alternativas de melancolía y de éxtasis, y ora temía una muerte prematura en suelo extranjero, ora se veía, según sus propias expresiones, «elevado á bastante altura para que uno de los rayos moribundos del sol de Santa Elena pudiera iluminarle,» y se figuraba que la sombra de Napoleón iba á conducirlo al palacio de las Tullerías.

A fines de 1835 y principios de 1836, ciertas ideas matrimoniales distrajeran por un momento al príncipe de sus proyectos. Se trataba de casarlo con su prima hermana la princesa Matilde, hija del ex rey de Westfalia Jerónimo Bonaparte. La linda joven, nacida en Trieste el 27 de mayo de 1820, frisaba en los diez y seis años, y su rara belleza, su elevada inteligencia, su amabilidad, su afición á la literatura y á las artes la hacían ya simpática en alto grado. Luis Napoleón la vió en Lausana, donde estaba ella con su padre, y dijo que tendría mucho gusto en casarse con ella. La reina Hortensia deseaba mucho este enlace, al cual tampoco se oponía el rey Luis. La demanda de matrimonio tuvo que ser aplazada con motivo del luto riguroso causado por la muerte de la emperatriz madre. Luis Napoleón veía á esta señora con frecuencia durante sus estancias en Roma, y aquella mujer «digna de todos los respetos,» según expresión del emperador, le inspiraba un afecto y una veneración profundos. El 1.º de junio de 1835 le escribía: «Mi querida abuela: no quiero salir de Ginebra sin dedicaros un recuerdo y recomendarme á vuestras bondades. La carta que habéis escrito últimamente á mi madre me ha causado la mayor satisfacción. Hablabais en ella de mí con tanto cariño que después de leerla se me llenaron los ojos de lágrimas. Podéis figuraros cuán grata impresión me ha causado la bendición de la madre del emperador, á mí que le venero como á un dios y que

dedico á su memoria el culto más fervoroso.... Adiós, querida abuela, estad persuadida de que nadie comprende mejor que yo todos los deberes que me impone el gran nombre que tengo el honor de llevar, y que mi sola y única ambición consiste en mostrarme siempre digno de él.» La emperatriz madre murió en Roma el 2 de febrero de 1836 á la edad de ochenta y seis años. Luis Napoleón escribía el 14: «No la lloro solamente como nieto, sino que también deploro su irreparable pérdida al pensar que era madre del emperador.... Tan sólo una idea me consuela, la de pensar que si me ve desde el cielo y lee en mi corazón, verá en él tanto afecto á mis padres, tanta veneración á su memoria y á la del emperador y, me atrevo á decirlo, tanto amor al bien, que exclamará: — Tengo un nieto digno de llevar el gran nombre que su padre le ha dejado intacto.»

La princesa Matilde llevaba á la sazón doble luto: el 29 de noviembre de 1835 había fallecido su madre la reina Catalina, princesa de Wurtemberg, que atestiguó á un esposo destronado y proscrito una abnegación admirable y de la cual dijo Napoleón en Santa Elena: «Por su noble conducta en 1814 y 1815, esa princesa está inscrita por sus propias manos en la historia.»

A principios de 1836, el proyecto de enlace entre Luis Napoleón y su prima no estaba abandonado, sino simplemente aplazado. Inmediatamente después de la muerte de la emperatriz madre, el príncipe Napoleón, hermano de la princesa Matilde, fué á pasar una temporada á Arenenberg, en donde su primo, que le manifestaba mucho cariño, le dió lecciones de matemáticas.

El luto de la familia Bonaparte hacía entonces muy triste la residencia en aquel castillo. El invierno es allí glacial, y durante los malos días, las montañas vecinas, medio ocultas por las nubes, tienen un aspecto de melancolía indecible. Luis Napoleón veía con disgusto que se iban demorando las gestiones relativas á su matrimonio, y su naturaleza generosa, exenta de toda preocupación pecuniaria, no podía comprender las cuestiones de interés que discutían su padre y su tío. Hallábase entonces en un estado de agitación y de incertidumbre que demuestra esta carta dirigida por él á la viuda de su hermano: «Querida Carlota: Tendría mucho gusto en volverte á ver. Quisiera poder pasearme contigo por delante de las tiendas de Regent-street. Quisiera estar en Florencia: quisiera estrechar en mi mano los dedos de mi prima ó la empuñadura de un sable. De todos estos deseos, ¿cuál se realizará? Probablemente ninguno.» Es verosímil que si entonces se hubiera decidido el casamiento con la princesa Matilde, el príncipe no habría hecho la expedición de Estrasburgo; pero al ver que no se realizaban sus sueños de felicidad doméstica, se consagró violentamente á sus temerarios proyectos de ambición. A pesar del extremado cariño que tenía á su madre, le ocultó con sorprendente disimulo el secreto de su empresa. La reina Hortensia creía á su hijo ocupado exclusivamente en terminar un *Manual de Artillería*, y vivía con él en el mayor retiro. «Mientras que vosotros estáis ocupados en los grandes acontecimientos de este mundo, escribía por entonces á unos

amigos de París, aquí pasamos tranquilamente la vida sin más emociones que la de ver pasar el barco de vapor, ni más discusiones que la que suscita la colocación de un jalón mejor ó peor situado para trazar una carretera. Si no consiste en esto la felicidad, por lo menos es un grato reposo después de tantas tempestades.»

El príncipe fingía participar de la filosofía de su madre en el momento mismo en que preparaba un complot insensato en fuerza de ser audaz. Obraba bajo la presión de una especie de fatalidad misteriosa é irresistible que le empujaba al abismo. El 24 de octubre de 1836, anunció tranquilamente á su madre que al día siguiente saldría de Arenenberg muy temprano para ir á cazar unos cuantos días al principado de Echingen. Al darle las buenas noches pensaba que tal vez la abrazaba por última vez; pero en aquella época tenía ya tal imperio sobre sí mismo y tal facultad de disimulo, que, á pesar de ser hijo tan cariñoso, no dejó traslucir la menor emoción á su impasible rostro.

XIII

ESTRASBURGO

Scribe y Meyerbeer debieron pensar en Luis Napoleón al componer el segundo acto de *El Profeta*. Juan de Leyde besando á su madre dormida hace recordar al joven príncipe saliendo de Arenenberg sin dar á conocer sus proyectos á la reina Hortensia y sin despedirse de ella. Como el profeta, Luis Napoleón ha escuchado á unos hombres que murmuraban: «¡Y la venganza! ¡Y la esperanza!» Así como el profeta, ha tenido una visión, y una voz interior, secreta, misteriosa, le ha dicho: «¡Tú reinarás!»

Dejemos que el príncipe describa lo que sintió al partir: «Ya sabéis qué pretexto alegué para partir de Arenenberg; pero lo que no sabéis es lo que pasaba entonces en mi corazón. Basado en mi convicción que me hacía considerar la causa napoleónica como la única nacional en Francia y la única civilizadora en Europa, orgulloso de la nobleza y pureza de mis intenciones, estaba resuelto á enarbolar el águila imperial ó á perecer víctima de mi fe política.

»Emprendí la marcha, yendo en mi carruaje por el mismo camino que recorrí tres meses antes para ir á Unkirck y á Baden: todo seguía lo mismo en torno mío; pero ¡qué diferencia en las impresiones que me animaban! Estaba entonces alegre y sereno como el día que me iluminaba; hoy, triste y pensativo, mi ánimo había adquirido el tinte del aire brumoso y frío que me rodeaba. Se me preguntará sin duda qué me obligaba á abandonar una existencia tranquila y feliz para correr todos los riesgos de una empresa aventurada. A eso contestaré que una voz secreta me empujaba, y que por nada en el mundo habría querido dejar para otra ocasión una tentativa que me parecía presentar tantas probabilidades de éxito.»

Estas probabilidades de éxito no existían más que en la imaginación del príncipe. Había ganado á su causa al coronel Vaudrey, jefe del cuarto regimiento de artillería en Estrasburgo, al comandante Parquín, jefe de escuadrón de la guardia municipal, que estaba con licencia, y á unos cuantos oficiales jóvenes á los cuales prometió honores y dinero. Según lo ha dicho M. Thureau-Dangin: «con estos solos medios, un joven de veintiocho años, desconocido, sin pasado, se proponía derribar una monarquía en plena seguridad y prosperidad, y apoderarse de Francia, que no tan sólo no le había llamado, sino que ni siquiera pensaba en él.» Citemos también este párrafo de las Memorias de Guizot: «Así el